



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10288

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 27 DE FEBRERO DE 1886

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderos, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abacá y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Básculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE
12. CASTELLINI 12.

ESTEBAN

(COLABORACION INEDITA.)

Cada vez que oía referir las tropelías de los invasores, su rostro poníase del color de la grana, sus ojos parecían querer escapar de las órbitas, y todo el coraje que pudiera esconderse en aquel cuerpo espigado y enteco, se retrataba en el rostro enfermizo del buen Esteban.

—Yo no dejaría ni uno para que fuera á contar á su tierra lo que en España hacen con los soldados que roban y maltratan á las gentes—sólo de ir cuando el relato de algún atropello de las huestes francesas llegaba á sus oídos.

Pero de ahí no pasaba. Decirle que empuñara un arma y fuera con las tropas á buscar á los franceses, era lo mismo que sermonear á la luna.

El se disculpaba con su madre; pero entre los mozos no era su madre quien le impedía ir á Ultramar á incorporarse á los batallones que organizaba el general Castaños. Otras eran, según ellos, las razones que retenían en el pueblo al que tan furioso se ponía cuando hablaban de franceses, y además qué podía hacer, si por lo largo y flacucho parecía una paja de centeno?

Esteban conocía las habladerías que contra él andaban; pero aun-

que no le sabían bien, nunca pretendió castigar á las malas lenguas.

Que su madre era muy vieja y que si él se marchaba del pueblo no tendría quien la cuidara y que por eso no era soldado, conforme; pero que dijeran que no servía más que para cuidar viejas y voiferar, era cosa que le sublevaba, y ¡vamos! que le entraban ganas de hacer con el insultador lo que su patriotismo habíale hecho prometer tantas veces á los gavachos.

—¡Llamadme cobarde!—exclamaba algunas veces! ¡Decid que soy un varal de apalear nogales!... ¡Burlaros... que ya llegará la hora... vereis entonces quien soy!

Claro está que todo el mundo se reía de sus peroraciones y amenazas, haciéndole continuamente el blanco de sus burlas; pero él ni se acobardaba por eso, ni dejaba de bullir entre los corros donde se hablaba de la guerra.

Y como todo llega en este mundo, llegó la hora á que se refería el larguillucho hijo de la tía «Peluca», que así llamaban á la madre de Esteban.

Un día se supo en el pueblo que los franceses no andaban lejos de allí y que probablemente irían á él.

Las mujeres al saberlo, lloraban y pedían á la Virgen no les dejara acercar, en tanto que los hombres, reunidos en la puerta de la iglesia por el tío Carabias, el sacristán más belicoso que por aquel entonces hubo en España, decidían el partido que era necesario tomar si los franceses pretendían entrar en el pueblo.

El acuerdo fue el que propuso el tío Carabias: poner fuera del alcance de las balas á los que no pudieran combatir, y los demás á defender el pueblo.

Trascurrieron varios días sin novedad: mas hete aquí que llegan al pueblo soldados españoles, vestidos de tal manera, que sino fuera una gran ofensa nos atrevería-

mos á calificar de grotescos á sus uniformes: unos llevaban casaca, calzón y sombrero, y otros chaqueta, pantalón y gorra. Sus armamentos corrían parejas con los trajes: el que no llevaba fasil ó escopeta, iba armado de larga pica que manejaba á modo de lanza. Cananas y cartucheras eran pocas las que se veían: saquitos de lienzo moreno ó de estopa colgados al lado derecho de la cintura, habían las veces de ellas. Como que la junta de Sevilla, no tenía vestimenta.

El grueso de tan extraña tropa, apenas se deluvo; el resto abandonó el pueblo á las veinticuatro horas, y con él muchos vecinos, entre los que figuraba Esteban, que, arrastrado por las exhortaciones del sacristán y la comezon de ser soldado, decidió probar á los que le llamaban cobarde, que valía tanto como el que iras para la guerra.

A la hora de camino divisaron grandes nubes de humo y escucharon un continuo ruido, así como de lejanos truenos: era que franceses y españoles medían sus fuerzas.

Poco á poco las descargas se oían con más claridad y las líneas y pelotones de soldados á medida que avanzaban, se presentaban ante sus ojos menos borrosos.

No tardó la columna de Esteban en sentir los extragos del plomo enemigo. Formando una gran línea rechazaba á los franceses sin perder un palmo de terreno, apesar de las muchas bajas que sufría.

Pero eso no podía seguir mucho tiempo así, y la compañía en que formaban los reclutados con el tío Carabias, recibió orden de apoderarse de dos cañones que desde una pequeña altura hacían mucho daño; y á paso de ataque se dirigió á la posición francesa.

En los primeros momentos el entusiasmo y la sed de pelear, parecía haber dado alas á la pequeña columna, que sin reparar en la metralla, volaba hacia el deseado montículo, dejando en el camino

no pequeño número de muertos y heridos.

Ya estaba cerca; pero los que continuaban marchando eran ya tan pocos que apenas llegaban á la mitad del número de franceses que defendían y manejaban aquellas dos bocas de fuego.

Nuevo disparo de los cañones, hecho á quebra ropa, lumbó á buena parte de los intrépidos españoles é hizo oscilar y casi retroceder á los que permanecieron en pie.

En aquel crítico momento, adelantándose hacia las posiciones francesas un hombre que por su complexura y su vestir, vióse era Esteban, dando los gritos como un energúmeno y apostrofando á los que retrocedían.

Y sus arengas y el redoble de un tambor que llevaba reanimó á sus compañeros, quienes le siguieron hasta llegar á los cañones, donde lucharon cuerpo á cuerpo con los soldados de Dupont, hasta quedar dueños del campo.

Cuando cayó la noche y los vecinos de aquellos lugares se dedicaban á recoger los heridos, á la luz de un farol que llevaban vieron el cadáver de Esteban echado sobre uno de los cañones, empuñando en su mano derecha una bandera francesa y en la otra un fasil con la bayoneta partida.

LEON LAMY.

(Prohibida la reproducción.)

Los maquinistas de la Armada

El «Boletín del Circulo de maquinistas de la Armada, del Ferrol, viene publicando una serie de artículos dignos de leerse y de ser tenidos en cuenta, encaminados á evitar la extinción del cuerpo que la Marina creó hace treinta años, no sin grandes esfuerzos, y que tan indispensable es para los modernos buques.

Hé aquí lo que escribe:

«Con exacto conocimiento de lo que ocurre, hacemos notar en nuestro nú-

mero anterior, la imposibilidad material de cubrir las vacantes naturales del cuerpo por falta absoluta de personal preparado para ello.

Se vió, decimos, que de 30 aspirantes maquinistas que se intentaba hacer en los tres arsenales de la península, sólo tres de los candidatos examinados obtuvieron nota de aprobación, debido á este resultado y posteriormente, se ordenó cubrir de nuevo igual número de plazas, dando á esta promoción mayor importancia con la supresión de las limitaciones respecto á edad y procedencia, con lo que se creía conseguir el personal suficiente para cubrir las vacantes, y verificados ya los exámenes nos encontramos con un resultado completamente análogo, pues sólo tres aspirantes han sido aprobados en este departamento; uno en el de Cartagena y un número también reducidísimo, según nuestras noticias, en el de Cádiz; viniendo todo ello á probar por manera evidente, lo que para nosotros estaba ya previsto, es decir, que el mal no tiene su origen en la falta de llamamientos, ni que estos sean mas frecuentes y con dispensa de condiciones, sino en que esta clase de personal no basta ni puede salir de la nada, dándonos una vez mas el convencimiento de que si la Marina de guerra lo necesita, tiene necesariamente que crearlo.

Si así no se hace, si se continúan dándole órdenes disponiendo la celebración de exámenes con la esperanza única de ver si por alguna parte aparece ese núcleo de personal que se precisa, no conseguiremos otra cosa, fuerza es reconocerlo, que perder lastimosamente el tiempo (que podría ser útilmente aprovechable en la preparación de ese mismo personal para el ingreso), palpando y tocando nuevos desengaños.

Estos hechos sirven de base á la citada revista para pedir, como resolución al conflicto, la inmediata y urgente creación de un centro de enseñanza oficial de maquinistas de la Armada, idea que, en efecto, parece no solo conveniente, sino necesaria, y que sometemos al estudio del ilustrado ministro de Marina.

TIJERETAZOS

Unos americanos tienen en proyecto

ERNESTO MALTRAVERS

179

Una mezcla de profundo amor, de profundo respeto al pueblo inmortal, y de un desprecio impasible á ese charlatan caprichoso, el público del día era lo que hacia de Maltravers un pensador original y solitario, y un autor moderno y benévolo en la realidad, insociable y altivo en la apariencia.

La mendicidad, decía él, se diferencia mucho de la pobreza, porque el hombre para subsistir tiene que recibir socorros del prójimo y no se vale de sus propios esfuerzos; y así, hay mendicidad moral en el hombre que depende de los demás en su vida moral, sin respeto de sí mismo.

Envuelto en este manto filosófico, proseguía en su ruta solitaria; elevada; percibía que en el fondo del corazón de los hombres llegaría á despertarse cierta simpatía á favor de sus razones y de su conducta luego que cesaran las preocupaciones y la envidia que existían contra él.

Por lo respectivo á su salud física, el experimento habia producido muy buenos resultados.

No es solo el tráfico de los negocios, las vijilias, los discursos fastidiosos, no es esto solo lo que puede acarrear la estenuación mortal que se exige á los esfuerzos del alma por elevarse á la región de los pensamientos grandes y severos, y de la intensa imagi-

178 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Cada día se aficionaba más á aquella sana filosofía que nos hace ver en nuestro interior un mundo, á lo menos, en cuanto puede permitirlo el mundo exterior.

Desde lo alto de una apacible y tranquila estimación de sí mismo, sentía encima de su frente los ardores del sol, cuando las nubes de la malicia humana vagaban á sus pies, sombrías y amenazadoras. No despreciaba la opinión, no chocaba con ella, pero tampoco la cortejaba con baja.

En las ocasiones que consideraba justo ceder al mundo, le cedía en las que creía deber contrarrestarle, no vacilaba jamás en hacerlo.

Hay casos en que un hombre bueno, bien educado, que tiene delicadeza, es mejor juez que la muchedumbre; y si en materias de esta clase, hubiera tolerado que la muchedumbre influyera en sus determinaciones, ya fuese con alabos ó ya con amenazas, no hubiera valido ni tres sueldos.

Si el público se le contempla con unas condescendencias fuera de lugar, se convierte en una comadre insoportable que se entromete en todos los asuntos que no son de su incumbencia, y en todas las cosas en que su intervención es impertinente. Ernesto Maltravers despreciaba y rechazaba la inquisición oportuna de todo miembro insolente de un cuerpo insolente.

ERNESTO MALTRAVERS.

175

que cuesta una guinea la botella; al contrario, cuando llega un caso de estos, todos se alejan diciendo: ¿Con qué derecho pretende este diablo de hombre dár mejores comidas que nosotros? ¿Qué gusto tan depravado! ¿Qué presunción tan ridícula!

No, aunque Ferrers fuese un epicúreo sabio, y mirase con el más alto aprecio los placeres de la mesa, presentaba á sus huéspedes una comida decente.

Su cocinera no economizaba la harina en la salsa de las ostras; el lacayo era su pescado cotidiano, y los principios eran abundantemente reemplazados con pastelillos que el anfitrión repartía muy atinadamente.

Tampoco tenía Ferrers el prurito de atraer á su casa habladores de lucimiento, ni fingidos frívulos. Se contentaba con hombres de un mérito sólido, y tenía cuidado de ser en lo general, la persona de más talento de su sociedad.

Hacia recaer la conversación sobre asuntos graves, propios de las circunstancias, la política, los fondos públicos, el consárculo, el código criminal. Moderando la alegría de su carácter, aunque conservando su franqueza, procuraba pasar por un hombre muy ilustrado, que se habia preparado laboriosamente y que no podía dejar de elevarse.

Sus grandes relaciones y no sé que especie de